

**IGLESIA Y BRACEROS HAITIANOS:
DOCUMENTOS Y COMENTARIOS**

Antonio Lluberés, sj.

La caída de Jean Claude Duvalier no sólo ha permitido comenzar a reordenar la vida haitiana, sino también la dominicana. Gracias a esta caída el bracero haitiano en los ingenios dominicanos se ha recuperado un poco en su dignidad. Se le nota más expresivo y reclamante de sus derechos. La misma contratación de los braceros para la zafra de 1986 se ha visto imposibilitada. Varias razones inciden. La primera porque Jean Claude Duvalier abandonó Haití con los dos millones de dólares que el gobierno dominicano daba a los gobernantes haitianos como gratificación por el reclutamiento de 12,000 cortadores de caña. Pero la contratación se ha visto imposibilitada también porque la crisis haitiana no ha permitido implementar los mecanismos de engaño y represión con que operaba el reclutamiento. Organismos socio-políticos y religiosos haitianos han cooperado formando la conciencia del haitiano y denunciando el engaño.

El gobierno haitiano se ha visto obligado a violentar a los haitianos residentes en el país -no importa su status jurídico- para llevarlos a los cañaverales. También ha hecho recurso de reclutas militares.

La zafra se ha visto peligrar por primera vez en muchos años.

Ahora quisiéramos fijarnos en algunos elementos humano-eclesiales de esta coyuntura. El reclutamiento forzado fue estudiado y denunciado por los ocho sacerdotes de la zona pastoral de San Pedro de Macorís según se expresa el documento de fecha 20 de febrero abajo escrito.

COMUNICADO DE LA ZONA PASTORAL DE SAN PEDRO DE MACORÍS

Los sacerdotes de la Zona Pastoral de San Pedro de Macorís, como pastores de estas comunidades y urgidos por las exigencias de la dignidad humana que Dios autor de ella reclama y que nosotros en su nombre

estamos llamados a defender, QUEREMOS ELEVAR NUESTRA VOZ ante la realidad actual respecto al reclutamiento para el corte de caña y las condiciones impuestas, sobre todo, a nuestros hermanos haitianos:

1. Estamos de acuerdo que los dominicanos asumamos el corte de la caña y apoyamos todo intento de favorecer esta dominicanización, siempre que se tomen las medidas necesarias para humanizar la vida de los bateyes, se asegure el pago justo, y, sobre todo, se respete la dignidad personal.

2. Nos duele constatar, sin embargo, esta triste realidad: el reclutamiento de los hermanos haitianos ya residentes entre nosotros, que huele a persecución injusta y que conlleva la violencia de la libertad personal.

Conocemos a muchos de estos hermanos, que han sido traídos a nuestra zona desde la línea Noroeste, desde el Sur y del mismo Este, sin dejárseles siquiera buscar ropa en sus casas, avisar a sus familiares y sin respetar los documentos legales que lo autorizan a ser residentes (cfr. testimonios en hoja aparte). Está claro que en estas situaciones además del atropello a la dignidad humana, el rendimiento del trabajo es mínimo dado el disgusto que esto produce.

3. Asimismo, nos oponemos al reclutamiento forzado de jóvenes dominicanos para el corte de la caña. El miedo a salir a la calle ha cundido en nuestros jóvenes ante las redadas efectuadas por agentes militares.

4. Todo lo anterior se ve más agravado dada la situación siempre más miserable de las condiciones de vida de los bateyes y de las condiciones de trabajo. Son tristemente más reales y, en muchos casos más terribles los aspectos que reclaman solución como ya pedían nuestros Obispos Dominicanos en su Carta Pastoral de Adviento de 1980: el estilo de vida de los bateyes, los salarios, la asistencia social que se les ofrece; las condiciones de trabajo: el peso de la caña, los contratos mismos, los sistemas de pago...

5. Ante todo esto, nuestra posición es que el método de entusiasmar con el corte de la caña no sea el de la fuerza sino el hacerlo atractivo por el mejoramiento de las condiciones de vida y de trabajo. Además, reclamamos que se deje en libertad de decisión a los haitianos traídos a la fuerza para continuar en el trabajo o no y de poder comunicarse con sus familiares.

PP. Luis Maldonado, Juan Roberto Smith, Máximo Rodríguez, Luis Morales, Angel Marcelino, John Bresnard, Vicente Ostelá y Lorenzo Vargas.

Esta denuncia fue "recensionada" (que en el lenguaje eclesástico quiere decir confirmada por una autoridad jerárquica superior)

por la pastoral del episcopado dominicano de fecha 23 de febrero. Reproducimos las partes relativas a los haitianos.

Un hecho nacional, que debe preocupar a todos, nos obliga, por sus aspectos morales, a hablar hoy. Se trata de la zafra azucarera en peligro este año por ausencia de braceros haitianos y por el desinterés y hasta el rechazo de esta labor por parte de la mayoría de los dominicanos.

1. Ausencia de braceros haitianos

Una creciente conciencia de la dignidad humana personal y social, por tiempo inmemorial ultrajada, ha sacudido al pueblo haitiano y ha determinado el fin de una de las dictaduras más empobrecedoras.

Así como hasta ahora su dolor era nuestro dolor, hoy su gozo es nuestro gozo. Nos satisface que en este hecho histórico la Iglesia, fiel a su misión de proclamar la verdad y la justicia, la dignidad y sus derechos y de defender a los pobres y oprimidos, haya tenido una parte muy significativa.

Le damos gracias al Señor por lo sucedido pero también le pedimos que el Espíritu Santo ilumine y dé fuerzas al pueblo haitiano en la difícil reconstrucción de su país.

Sería un lamentable error que venganzas personales, el odio, el vandalismo, la destrucción, el desenfreno, antagonismos grupales o ideológicos y ambiciones políticas, retardasen o impidiesen la reconstrucción y consolidación nacional, que como cristianos y miembros de la comunidad internacional deseamos ver en el hermano país. No son esos los caminos de la verdadera libertad.

Es una inmensa tarea, que exige renuncia del egoísmo, sensibilidad del bien común, unión y solidaridad, trabajo tenaz y serio, racionalización y empleo eficiente de todas las disponibilidades, organización, planificación, honradez, imperio de la justicia y equidad y preocupación real y preferencial por los pobres. De la suma de todo esto surgiría la genuina y perdurable libertad y dignidad. Lo deseamos. Oramos para que así sea. A los países ricos y también a los que no lo son tanto, les pedimos que presten su ayuda y colaboración generosa a Haití en un momento en el que tanto necesitan de ellas. Los que manejan la Política Internacional, con diversos y encontrados intereses, no deben inmiscuirse peligrosamente en el proceso delicado y difícil que asumen ahora los haitianos. Ellos deben ser los constructores de su propio destino.

Es natural que un hecho, como el que estamos comentando, repercuta negativamente en el deseo de los haitianos de venir como braceros a la República Dominicana.

Más aún, la nueva situación de libertad debe llevarles a rechazar,

por inadmisibles, el modo como se estaba haciendo la contratación de braceros, es a saber entre el Consejo Estatal del Azúcar de nuestro país y el Gobierno Haitiano a través de su Secretaría de Estado para los Asuntos Sociales. No es, según justicia, el Gobierno Haitiano sino los mismos braceros o representantes de ellos, libremente elegidos, los que deben discutir y firmar las condiciones y cláusulas de un contrato que les afecta a ellos. A los gobiernos haitiano y dominicano lo que exclusivamente les compete es vigilar y exigir que la justicia no sufra detrimento en el contrato que se haga; y exigir, una vez firmado, el cumplimiento cabal de todo lo estipulado, sobre todo si hubiere alguna reclamación justa.

Entre los diversos puntos que denunciábamos en nuestra Carta Pastoral del 30 de noviembre de 1980, uno de ellos era precisamente el del contrato de los braceros. Decíamos entonces:

"Son muchos los aspectos que reclaman, sin demora, solución: el estilo de vida de los bateyes, los salarios; la asistencia social que se les ofrece; las condiciones de trabajo; el peso de la caña; los contratos mismos; los sistemas de pago; la traida y retorno de los braceros; y los modos concretos de realizarlos. En ninguno de estos aspectos puede ser lesionada la justicia. Sin embargo lo está siendo. Urge, pues adoptar las medidas más eficaces para que la dignidad humana de nadie sufra detrimento" (n.9).

Reconocemos que no han faltado buenos propósitos desde entonces y que se han hecho esfuerzos para mejorar la situación, pero confesamos que la realidad está todavía lejos del ideal.

Esto supuesto y sabiendo los nuevos aires de libertad y esperanza que se respiran en Haití ¿podemos extrañarnos que sean pocos los que quieran venir a cortar ya nuestra caña?

Contrario a la más elemental justicia, indignamente para toda la nación es el hecho deplorable de que haitianos que viven con nosotros -residentes legales e ilegales- estén siendo llevados contra su voluntad al corte de caña. Pedimos al Supremo Poder y a las Autoridades Locales, donde esto suceda, suspendan con decisión tan escandaloso atropello, porque estas prácticas han empobrecido la imagen del país en el exterior.

...

2. Superemos reservas de índole cultural e histórica respecto al de la caña

Tales reservas son meros prejuicios indignos de seres racionales.

Si en tiempos pasados la caña la cortaron entre nosotros los esclavos y más tarde gente de las islas vecinas de habla inglesa y braceros del hermano país haitiano, esto se debió y se debe no a lo

a lo deshonroso de tal trabajo sino a la astucia de algunos de evitar el trabajo duro para ellos y emplear en él, para beneficio propio a otros.

Los esclavos y la gente de las vecinas islas y los haitianos son seres humanos como nosotros, y lo que un ser humano hace, también lo puede hacer cualquier otro que sea humano.

Semejante prejuicio, por otro lado, está hoy fuera de tiempo y lugar. Todos los países que producen caña, la cortan sin aspavientos y jamás recurren a importación de braceros extranjeros. Tal es el caso de Cuba, Puerto Rico, Jamaica, Venezuela, Australia, España, etc.

Mucho más duro y peligroso para la vida es el trabajo en las minas, por ejemplo, de carbón. Hoy hasta mujeres reivindican su derecho a trabajar en ellas. Para cuantos ganan ahí su sustento nada cuenta que en otros tiempos fuese también propio de esclavos este trabajo.

...

Un caso puntual del drama de los braceros haitianos fue el asesinato de Odas Jean Pierre por reclutas dominicanos en el batey Bembe, Ingenio Porvenir, la noche del 16 de mayo. El padre Juan Roberto Smith, párroco de Santa Ana, ingenio Consuelo, nos conserva una narración de su observación y vivencia.

El 16 de Mayo de 1986

Se termina el día, el 16. El pueblo es completamente tranquilo; no sabemos nada del resultado de las elecciones. Comoquiera, casi se me olvidó hoy de las elecciones. Fue un día dedicado a Odas Jean Pierre, un haitiano de Marigot, donde tiene una mujer y dos hijos, pero ellos no saben de él. En febrero vino aquí, traído desde Pedernales para el corte de la caña. Le llevaron al Batey Bembe, que depende de Batey Alejandro Bass, que depende del Ingenio Porvenir.

En Bembe, habían muchachos, reclutas de la Guardia, para cortar la caña; buenos muchachos que vienen de todas partes del país, principalmente del Sur, donde hay menos oportunidad de empleo. Es un gusto llegar a conocer a estos jóvenes, a descubrir el tesoro de valores y personalidad que siempre está brotando en los jóvenes del campo y de los pueblos. Cuando vino Monseñor Nicolás en la Visita Pastoral, fuimos a visitar los jóvenes reclutas y pasamos un buen rato con ellos en el campo de caña.

Se fueron aquellos jóvenes y llegó otro grupo de unos 150 muchachos. Ahora no son ni siquiera "reclutas" en la jerga de los militares, sino "cíviles". Son muy jóvenes. Con ellos están cinco militares de la Quinta Brigada estacionada en San Pedro de Macorís.

Desde Alejandro Bass me avisaron como a las nueve de la mañana del choque que hubo entre los Haitianos y La Guardia en Bembe. Se mató a un Haitiano, Odas Jean Pierre. Cojo los datos y voy a la fortaleza en San Pedro donde el General, comprensivo de la gravedad del caso, me recibe y conversamos del caso. Ya los militares van con la versión que fue un pleito entre los mismos Haitianos. Pero hubo tiros y los Haitianos no tienen armas. Hubiera querido ver a un médico.

Al mediodía, llego a la casa curial y me está esperando un amigo de Hato Mayor que no he visto en 19 años. Me informa que estudió medicina, es médico. Salimos casi de una vez para el batey y nos encontramos con la carreta de bueyes que viene por el fango trayendo la caja de ODAS Jean Pierre y los pocos compañeros que lo acompañan en la carreta. Abren la caja y el joven médico examina el cuerpo del Haitiano en pleno sol del mediodía. Fue un machetazo limpio que casi dejó el cuerpo decapitado.

Del cementerio, seguimos a Macorís y seguimos informando a las autoridades de la fortaleza. Alcanzamos otro Haitiano más en el hospital, herido. Se salvó porque un guardia lo recordaba como un hombre bueno, que le prestaba su caldero para cocinar. El tercer Haitiano que logró escapar a Alejandro Bass para informar del hecho, está detenido en sección de Homicidios en la Policía -para fines de investigación. Ambos no han comido. Los hermanos haitianos buscan comida para ellos.

Solamente nos queda ir a Bembe y cruzamos los caminos de la caña en el motor. En la mañana se marcharon los soldados y los "civiles" que tenían allá para cortar la caña. Quedan los 50 y pico Haitianos y algunos familiares residentes del lugar. Vemos las marcas de las patadas en las puertas de los barrancones de los Haitianos, las marcas de las mochas en las puertas y finalmente las perforaciones de las balas en la puerta que daba al cuarto del difunto. Conversamos durante una hora y al final la explicación es bastante sencilla, según los informes de los moradores del lugar.

Los militares y los muchachos se aburrieron de la caña, decían que habría que matar unos Haitianos para que se les saque de la caña más pronto. Ayer como a las cinco empezaron a beber y como a las 9.30 de la noche, en la oscuridad, cayeron encima de los Haitianos ya acostados en los barrancones. Los braceros huyeron por la caña, algunos no lograron escapar. Después los militares inventan una queja, que había "un diablo, una brisa" que atormentaba a los militares.

¿El responsable de esto? ¿El General, un hombre bueno? ¿El Teniente que no estaba presente en su puesto? ¿Culebra, el Sargento? ¿El Cabo que es evangélico? ¿El CEA? ¿Los mismos Haitianos? ¿O más bien, todos nosotros que permitimos que estas cosas puedan pasar, de una

o de otra manera? Los que dejamos que otros se preocupen para solucionar los problemas, mientras nos encerramos en un pequeño mundo propio.

Juan Roberto Smith, S.F.M.
Cura Párroco,
Parroquia Santa Ana,
Consuelo, R.D.

16 de Mayo de 1986
11.00 p.m.

Este cúmulo de datos nos permite volver a pensar el caso y hacer unos comentarios.

1. La República Dominicana y la de Haití son dos pueblos con historias y características culturales propias. Ni la dominación, idea gestada por sectores de la sociedad haitiana en el pasado (Dessalines, Boyer, Souluque); ni la federación, ideas aupadas por sectores haitianos (General Nemours, **Les Presidents Lescot et Trujillo**, 1942) y dominicanos (Joaquín Balaguer, **La Isla al revés**, 1984) más recientemente, responden a esa realidad.

Identidad cultural y jurídica y colaboración internacional es el fundamento de la relación entre los pueblos.

En el caso de los pueblos dominicano y haitiano tenemos que encarar estas líneas de problemática:

- La nacionalidad de los dominico-haitiano. Según lo reconoce la Constitución dominicana (Art. 11, 1.) todo hijo de extranjero nacido en el país es dominicano.

- Los braceros haitianos contratados para el corte de la caña. Si contratados, sus contratos deben ser personales, justos y observados por los estados y asociaciones en defensa del bracero.

2. La función de la iglesia católica. La iglesia podrá ayudar desde la denuncia profética, la protección legal, la acción caritativa, pero su gran misión será crear un espacio de fomento de la identidad propia y de la solidaridad mutua.

Haitianos y dominicanos somos católicos. Cada uno de estos catolicismos tiene su expresión cultural propia. Será labor de los pastores inculturizar la fe en el Dios de Jesús en cada uno de nuestros pueblos. Ante la duda siempre recurrente de la acatolicidad de los haitianos traigo la opinión de los jesuitas de la misión fronteriza, parte del plan de dominicanización de la frontera, que en el diario de la Parroquia de Dajabón consignaban: "celebró la misa y el rosario en casa de una buena haitiana en donde estaban

recogidos los santos". 19 de agosto de 1936.

Desde los años del proyecto de dominicanización de la frontera se ha querido incluir el factor religioso católico como un muro de contención y división entre los pueblos haitianos y dominicano. La religión es y podrá ser frontera, pero también es y será vehículo de unidad. En esta historia particular hay que tener presente algunos datos.

Ya el papa Juan Pablo II recordó a haitianos y dominicanos que fue en esta isla donde por primera vez se plantó la cruz en el Nuevo Mundo antes de que ella fuese dividida por los hombres. Los episcopados de ambas naciones recogieron esta idea en el comunicado conjunto del 24 de febrero de 1985 en el cual crean el "Centro de coordinación y animación pastoral de los inmigrantes haitianos en la República Dominicana".

Durante la Dominación Haitiana tenemos situaciones paradójicamente encontradas. Por un lado, el vicario general Tomás de Portes e Infante, destinó sacerdotes dominicanos a ejercer funciones pastorales en Haití (cfr. C. Nouel, **Historia Eclesiástica de Santo Domingo**, II, p. 357-358). Pero el mismo Portes, en carta a Propaganda Fide explicaba las luchas dominico-haitianas de 1844 en estos términos: "...la serie de acontecimientos bélicos que se han llevado a cabo por Dios y por su integérrima Madre la Virgen María...", 1 de julio de 1844 (APF, SRC América-Antille, 9).

Un sector de la población católica haitiana practica y fomenta la devoción a la Virgen de la Altagracia. El pasado 21 de enero, en la basílica a la Virgen de Higüey, la misa de las 11 de la mañana fue celebrada por tres sacerdotes haitianos que presidían una delegación de fervorosos altagracianos haitianos.

El espacio eclesial (la reunión promocional, el canto litúrgico, la celebración sacramental, la convivencia recreativa,...) ha sido en otros pueblos y esperamos que sea en éstos, vehículo de unidad.

¿Podrá la Iglesia, liberar al dominicano, en particular al pobre, al prejuicio opresor contra el haitiano?

Acoger al dominico-haitiano en la comunidad eclesial e injertarlo en la sociedad dominicana.

Proteger al bracero haitiano del abuso de personas e instituciones dominicanas. Promover su fe durante su estancia en territorio dominicano.

Fomentar el respeto y la solidaridad hacia todos los haitianos y hacia la república haitiana. Respeto y solidaridad que merecen todos los pueblos en particular los empobrecidos.